

## Aída

El pasado viernes se conmemoró el centenario de la muerte de Nietzsche, el filósofo de la vida, de la tragedia. El día anterior yo lo había pasado en una estación de esquí cuyos remotes estaban inmóviles, como sin vida, sobre praderas verdes y caminos por los que transitaban enormes camiones envueltos en una tempestad de polvo. Un amigo mío me había invitado a pasar allí unos días, lejos de los escenarios donde se había representado mi última tragedia de amor. Comí con él y con otros trabajadores de la estación: antebrazos anchos, peludos, oscuros, moviéndose sobre un mantel de papel blanco, herido de manchas de vino tinto: ojos almibarados de tanto viento y de tanta altura y de tantos sueños y de tantos recuerdos. Uno de ellos relató su huida de Argentina, con el pecho en llamas, dejando a su mujer y a su hijo detrás, porque, os lo juro, che: si me quedaba un minuto más, aquella relación me hubiera llenado el corazón de gusanos. Mi amigo no veía al argentino porque tenía pegada al rostro una pequeña nube formada con el vapor de las lágrimas de su último amor, y con la humedad verde de los ojos de la mujer de la que se acababa de enamorar. Es como si viviera aplastado entre un ataúd y una cuna, me dijo. La vida es la hostia, tío, la hostia, concluyó. Bajé en el telesilla solo, ingravido sobre un bosque de coníferas que olían a planeta crudo, y traté de conjugar la quietud arrogante, inmoral, de aquellos paisajes, con el fuego de pasión que quema permanentemente la condición humana.

Al día siguiente, el del centenario de Nietzsche, comí en un restaurante, sobre una mesa de madera que olía a turista de agosto. De pronto descubrí que en la mesa de al lado había una mujer terriblemente hermosa, de piel negra. Poco después me preguntó la hora y también poco después supe que llamaba Aída, mientras trataba de no enamorarme de ella. Rilke ya avisó en sus Elegías de Duino que la belleza no es nada más que el comienzo de lo terrible. Pero Nietzsche, que se había enamorado de la misma mujer que aquel poeta, aconsejó, siempre, vivir: dar un sí total a la existencia humana: amar, gozar, sufrir, fascinarse, como hacen los personajes de una ópera. Aída...